

AVA DELLAIRA

17 años

Traducción del inglés
I. C. Salabert



 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *In Search Of Us*

© de la obra: Ava Dellaira, 2018

Publicado por acuerdo con Macmillan Publishing Group, LLC con el nombre comercial de Farrar, Straus and Giroux Books for Young Readers a través de Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Irina C. Salabert, 2020

© de los detalles que acompañan el texto: Alejandra Hg, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: enero de 2020

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-54-8
Depósito Legal: M-38249-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mi marido, Doug Hall



PRÓLOGO

Angie

«Detrás de cada hombre vivo hay treinta fantasmas, pues tal es la proporción en que los muertos superan a los vivos».

Arthur C. Clarke,
2001: Una odisea en el espacio

Los vivos están alcanzando a los muertos. Cuando Arthur C. Clarke lo escribió en 1968, había treinta veces más muertos. Pero los humanos nos hemos multiplicado tan rápido que ahora la cifra se ha reducido a quince fantasmas por persona. Angie conoce los datos: hay más de siete mil millones de personas vivas y ciento siete mil millones que antes lo estaban.

El padre de Angie es uno de los muertos, o eso creía ella. A menudo se lo imaginaba a su lado, el líder de su pequeña tribu de quince fantasmas. Lo visualizaba tal y como aparece en la fotografía donde sale con su madre. Ahí aparenta tener la misma edad que ella ahora: diecisiete años. Su sonrisa es amplia y radiante; su piel, oscura en contraste con sus dientes blancos; su cuerpo, musculoso y alto. Lleva una gorra de béisbol colocada del revés, como un tontaina de los noventa, piensa. En la foto, su madre —Marilyn— y él están en un paseo marítimo. Su madre va con un mono encima del bikini y unos pendientes de aro que destellan, y su pelo largo, de un rubio dorado bañado por el sol, enmarca su pálido rostro. Está apoyada en él como si ese fuera el sitio que le corresponde, con la cabeza echada hacia atrás por la risa, con el brazo de él sobre su hombro. Con toda esa agua azul tras ellos, que parece extenderse hasta fundirse con el cielo.

Encontró la fotografía hace un año, cuando se estaba preparando para la cena del decimosexto cumpleaños de Sam Stone. Llevaba un rato revolviendo entre los cajones de su madre en busca de un pintalabios mientras Marilyn estaba en el trabajo. En un momento dado, la búsqueda se expandió y se descubrió investigando, aunque no tenía claro sobre qué. Entonces, al fondo del cajón de la ropa interior de su madre, dio con una caja de madera. Dentro había un sobre de manila desgastado, lleno de papeles y cerrado, y debajo estaba la fotografía.

Angie clavó la vista en el chico negro de cara sonriente que le devolvía la mirada y, pese a que nunca antes lo había visto, supo al instante que era su padre. Por una fracción de segundo, se preguntó con quién estaba. Al fijarse más en la chica, advirtió que, por supuesto, se trataba de su madre. Se la veía tan despreocupada, joven, con un futuro por delante, feliz...

De pronto, Angie notó un vacío en el pecho. Sintió ganas de sacar al chico de la foto. De hacerlo crecer hasta que se convirtiera en un hombre, de transformarlo en su padre. De que volviera a hacer sonreír a su madre de esa manera.

En su lugar intentó situarse a sí misma en la fotografía, imaginar cómo hubiera sido estar ahí con sus padres: la sensación del sol, el olor del mar. Y aunque nunca había ido a la playa, casi pudo oír el sonido lejano de las olas bajo sus risas alegres.



A Angie le queda un año más de instituto y luego llegará El Futuro. No tiene ni idea de qué quiere «hacer con su vida», de dónde encaja ni

de si alguna vez será lo suficiente para compensar todo a lo que su madre ha renunciado por ella. Siempre que le cuesta respirar, el pecho le oprime y siente una ansiedad indescriptible e incierta, Angie piensa en los siete mil millones —y subiendo— de seres humanos que pueblan la tierra. La inmensidad de los números calma el pánico y empieza a sentirse ligera, con la clase de ligereza que se experimenta al reírse demasiado o al trasnochar demasiado, o a ambas cosas a la vez. Es más pequeña que una gota en el océano. Por tanto, ¿qué importancia tiene lo que una chica —Angela Miller— haga con su vida?

Se considera del montón, sin nada especial: le gustan la historia y la ciencia (particularmente la biología), correr mucho, el queso a la parrilla con los bordes tostados, el fútbol, el café con leche de soja, los discos de vinilo, escuchar hiphop a todo volumen, con la privacidad de sus auriculares... Se arma con listas así, preparadas para las descripciones que sean necesarias, con el propósito de aportar una definición experimentada aunque endeble de «sí misma», sea quien sea. En cuanto a las emociones que se ciernen en su interior, amenazando con desbordarse, ha aprendido a mantenerlas a raya con diligencia. Pero hoy todo va a cambiar.



Ahora Angie sostiene la fotografía de sus padres mientras escucha a Janet Jackson cantar «I Get Lonely»¹ en un *walkman* que encontró en Goodwill por 2,99 dólares. La canción está en una cinta grabada con una etiqueta donde pone «PARA LA SEÑORITA MARI MACK. CON AMOR, JAMES» con la tinta desvaída de un bolígrafo azul. El sol de primera hora

¹ En la página 421 se incluye una lista de reproducción con las canciones que aparecen en el libro. (Todas las notas son de la traductora).

de la mañana ya está irradiando demasiado calor, implacable, y la persigue hasta la parte sombreada del porche. Por el aire cálido flotan motas de algodón que acaban amontonándose en las alcantarillas como nieve de verano. Delante de ella hay una bolsa de deporte llena de camisetas y calcetines, ropa interior y sus dos vestidos favoritos, cuidadosamente doblados, además del sobre que estaba en el cajón de su madre y la lista de todos los Justin Bell, de entre veinticuatro y treinta y cinco años o de edad incierta, residentes en la zona de Los Ángeles. Marilyn se fue a trabajar hace casi una hora.



Angie lleva viviendo en esa casa con su madre desde el día en que Marilyn la recogió en el colegio, en quinto grado, y le dijo que tenía una sorpresa para ella.

—¿Qué es? —le preguntó cuando Marilyn no sacó ninguno de sus regalitos habituales: una barrita de chocolate Milky Way, gominolas de ositos, libros infantiles o una nueva caja de lapiceros de colores.

—Ya verás —contestó su madre—, esta es la mejor sorpresa de todas.

Tomó la interestatal 40, luego salió y condujo por el casco viejo de Albuquerque, una zona de la ciudad que sólo frecuentaban cuando Angie quería ir al Museo de Historia Natural. ¿Acaso iban allí ahora? Pero no, su madre continuó serpenteando por las calles bordeadas de álamos y casas cubiertas de hiedra. Y después, cuando llegaron al límite del barrio y las casas pasaron a ser más pequeñas —casitas de adobe, de una sola planta y con jardines bien cuidados—, aparcaron en la entrada de una de ellas. Era achaparrada y cuadrangular, con un tejado azul.

Angie se volvió hacia su madre.

—¡Vamos! —la apremió esta con la voz cargada de entusiasmo infantil.

Ella la siguió hasta la puerta principal mientras Marilyn tanteaba en su llavero. ¿De quién era la casa donde estaban?

Al abrirse la cerradura, Marilyn la miró y dijo:

—Vamos, pasa dentro. Es nuestra.

Sólo tenía diez años, pero Angie comprendió entonces que su madre le había dado lo que ella jamás había tenido: una casa en la que crecer. La pintaron entre las dos: azul en el salón, amarillo en la cocina. Verde mar en la habitación de Angie.

Angie siempre había adorado los muros gruesos que se mantenían frescos las mañanas de verano, las arcadas, el desvaído sofá con estampados de cachemira donde trasnochaban los fines de semana viendo comedias románticas y tomando palomitas con queso parmesano o refrescos de cerveza de raíz.



De pequeña, Angie pensaba que tenía la clase de madre por la que los demás niños deberían tenerle envidia: una que hacía los mejores refrigerios de media mañana, con sándwiches cuidadosamente preparados y cortados en triángulos, y que horneaba los mejores bizcochos de chocolate para las ventas benéficas de pasteles. Las mañanas en que Angie no quería salir de la cama, la despertaba poniendo a todo volumen «Dancing in the Street» y ambas acababan dando vueltas por la casa en pijama, sin parar de reír. Su madre siempre

decoraba la casa para las fiestas, incluidas las de Año Nuevo y Halloween. Cada 4 de julio hacía *cupcakes* rojos, blancos y azules, y freía perritos calientes en la sartén. Compraba bengalas y, una vez que había oscurecido lo suficiente, ambas se ponían en el jardín a escribir sus nombres con aquellas varitas relucientes. En aquel entonces, cuando era una cría, a Angie no le extrañaba que todo fuera siempre entre ellas dos. Que no fueran a las barbacoas de otra gente; que, al dejar a Angie en casa de sus amigas, su madre nunca se quedara a hablar con las otras madres, quienes a menudo trataban a Marilyn con un aire condescendiente. Que, en las tardes en que los padres iban a la Escuela Primaria de Montezuma, ella fuese la madre más joven con diferencia y, aunque Angie viera a algunos padres mostrarse simpáticos con ella, Marilyn siempre se apartara para buscar a su hija. Para cuando, al cabo del tiempo, su madre le dio con la puerta en las narices a Manny, el primer (y último) hombre que fue a cenar a su casa, Angie ya había aprendido a aceptar la pérdida.

Desde pequeña, siempre le ha oído decir a Marilyn que ella representa su belleza, su luz, su sentido de la vida. Que es su angelito. Pero en ocasiones, cuando creía que su hija estaba absorta en un libro de colorear o con la televisión, Angie la descubría con la mirada perdida en la ventana y con lágrimas resbalándole por las mejillas.



Cuando el *jeep* de Sam dobla la esquina y aparca frente a la entrada, Angie pulsa el botón de *stop* en el *walkman* y se quita los auriculares. Por un momento se imagina a su madre regresando a casa esa noche

y descubriéndola vacía, y casi se gira para volver al interior. Pero, por el contrario, coge la bolsa de deporte y se dirige al coche.

Sam lleva una camiseta blanca arrugada, un par de pantalones de chándal con las perneras cortadas que cuelgan en torno a su cuerpo alto y delgado, y unas gafas de aviador. Su pelo está tan revuelto como siempre.

—Hola —dice Angie, pensando que ojalá pudiera verle los ojos.

Él se limita a hacer un gesto de asentimiento por todo saludo, le coge la bolsa y la mete en el asiento trasero. Angie sube al coche, que despide un leve olor a marihuana y parece acumular una reserva de envoltorios de burritos para desayuno correspondientes a varias semanas. El Cherokee de los noventa que Sam apodó *Mabel* emite un ruido sordo de descontento al arrancar.

A medida que enfilan la calle, Sam permanece callado y pone música.

Angie desvía la mirada a su casa, que se pierde en la distancia detrás de ellos, y luego la baja hacia la chica de la foto con su padre. La que debió de haber ido a toda velocidad de noche con las ventanillas bajadas y la música alta, aspirando el aroma del mar, la que debió de haber experimentado la sensación de libertad, del aire entrando con fuerza en sus pulmones y de una vida, una nueva vida, a punto de comenzar. La que debió de haber conocido el modo en que enamorarse te aproxima al mundo, como si todo estuviera a tu alcance. Al menos así se lo imagina Angie.

18 AÑOS ANTES

Marilyn

Hoy Marilyn cumple diecisiete años. Clava la vista en sus ojos reflejados en la ventanilla del coche, la cual queda por encima del hombre de la esquina con un cartel de «SE COMPRA ORO» y de una mujer que empuja un carrito de la compra lleno de botellas repiqueteantes. Dejan atrás una gasolinera Arco de la que un grupo de chicos, con gorras de béisbol puestas al revés, salen con paquetes de cigarrillos y latas de refrescos. La parte trasera de sus muslos está pegada al asiento y nota gotas de sudor en el nacimiento del pelo. Ya ha llegado la ola de calor de final de verano, típica de Los Ángeles. Fuera debe de hacer como mínimo treinta y ocho grados, y el Buick de los ochenta cargado de cajas en el que van no tiene aire acondicionado.

—Sólo será por un tiempo —parlotea su madre, Sylvie—. Hasta que tengamos otro golpe de suerte, ya sabes. Tienes tu cita con LA Talent en un par de semanas.

Marilyn asiente con la cabeza sin girarse en su dirección.

Su último *casting* (para interpretar a una chica de una familia de cuatro miembros que iban a comprar un televisor) había sido un auténtico desastre. Sabía lo que se jugaban y durante toda la mañana, sentada en la sala de espera con las otras candidatas, había notado una opresión en el pecho y el estómago revuelto. Había intentado distraerse con el libro que llevaba —*El álbum blanco* de Joan Didion—, pero se había quedado atascada en el primer párrafo, incapaz de concentrarse, leyendo una y otra vez la frase inicial: «Nos contamos a

nosotros mismos historias para poder vivir». En cuanto se colocó delante de la cámara, descubrió que casi no podía respirar.

Cuando su madre fue a recogerla, Marilyn no mencionó la sensación de pánico, el mareo ni a la ayudante de *casting* que le había llevado un vaso de agua y mirado al director, en la otra punta de la sala, con expresión de «oh, Dios». Soportó la cara de profunda decepción de Sylvie —con las cejas arqueadas por la tensión— cuando, una semana después, su cena baja en calorías de Lean Cuisines se vio interrumpida por la noticia de que Marilyn había vuelto a fracasar. Mientras Sylvie colgaba el teléfono y contemplaba por la ventana la piscina y sus hamacas rígidas, Marilyn revolvió por el plato un trozo de brócoli demasiado blando.

Después de un largo lapso de silencio, Sylvie se sirvió una tercera copa de vino blanco y se giró hacia Marilyn.

—Esto es un páramo, en serio. Llevo un tiempo pensando en que deberíamos desplazarnos cerca de Hollywood, ir hacia el meollo de todo —dice con una alegría exagerada—. En fin, quién sabe, podrías coincidir con un director de *casting* en el supermercado. —Como si no fueran a salir huyendo del piso cuyo alquiler debían desde hacía meses.

Marilyn sabe que su madre la dejaría posar sin ropa en una foto (como la chica que sale tumbada en el anuncio de la autovía anunciando vaqueros) si eso significara conseguir el dinero que les permitiera vivir en una resplandeciente casa nueva en las colinas que se erigen sobre la ciudad, por todo lo alto, a donde cree que pertenecen. En lo que a Sylvie respecta, a la vuelta de la esquina les espera una vida nueva y mejor, con la puerta giratoria al futuro a sólo un paso.

Tal vez Marilyn se creyera de pequeña los sueños que Sylvie tenía de un lugar mejor, pero a estas alturas ya ha renunciado a la posibilidad de atravesar algún día la puerta con la que su madre fantasea. Se

aferra a la idea de que sólo le queda un año para cumplir los dieciocho y marcharse a la universidad, el punto de inicio de una vida que únicamente le pertenezca a ella. Ve el futuro como un pequeño diamante de luz al final del túnel; ha aprendido a fijar la mirada en él, a esforzarse para ir en esa dirección, para mantener ese diamante en su cabeza.



Un coche toca la bocina a Sylvie cuando provoca un embotellamiento detrás para girar a la izquierda hacia Washington Boulevard. Marilyn se fija en el aspecto abrasado por el sol de las calles, en el olor a carne procedente de una camioneta que vende tacos mezclado con la leve fragancia del mar, en la buganvilla colorida que trepa por una valla metálica.

Sylvie ignora las bocinas y guía el Buick hasta South Gramercy Place. Marilyn reconoce vagamente la calle residencial flanqueada por edificios de apartamentos deteriorados. «FIANZA REDUCIDA», anuncia un letrero. De una ventana ve que asoman un macetero rojo y una cuerda de tender la ropa donde las prendas ondean como banderas. Debajo, un hombre se apoya contra la pared del edificio y da caladas a un cigarrillo.

—Mira, Marilyn. El cartel se ve desde aquí.

El coche vira en medio de la calle cuando Sylvie se da la vuelta en el asiento para señalar las letras blancas, H-O-L-L-Y-W-O-O-D, en la montaña a lo lejos, alzándose con firmeza entre la neblina sucia que arrastra la ola de calor.

—Hmmm. —Marilyn hace todo lo posible por ignorar el temor que le agujonea el pecho mientras continúan recorriendo la manzana

hasta detenerse ante el 1814: un dúplex justo en la esquina, con paredes desconchadas de estuco rosa y un jardín descuidado, donde unos cuantos naranjos sobreviven a pesar de todo.



La voz de Lauryn Hill llega desde una radio en el apartamento de la planta inferior: *How you gonna win...* Sylvie hurga bajo el felpudo en busca de la llave, con los rizos teñidos de rubio cayéndole deshechos por el calor y pegándosele a las pálidas mejillas. Nada más entrar, Marilyn siente que retrocede en el tiempo por el olor familiar: una mezcla de cigarrillos, ambientador Febreze y fiambres.

A lo largo de la estancia hay dispuestos varios muebles como al azar: el sofá algo torcido junto a la pared; embutida diagonalmente contra él, la mesa de centro, sobre la que destaca un confitero lleno sobre todo de envoltorios de *toffees*. El sol vespertino se filtra por las ventanas enrejadas, arrojando puntos de luz sobre la alfombra de pelo largo.

Por un instante, ambas se quedan inmóviles.

—Bueno, podría ser peor —dictamina Sylvie con una alegría forzada.

Marilyn piensa que ojalá hubiera sido capaz de dar más de sí. Que hubiera conseguido al menos un anuncio más, un éxito más que las hubiera mantenido lejos de allí.

En la minúscula habitación que antes era suya y ahora vuelve a serlo, Marilyn abre las ventanas, por las que se cuele una ráfaga de aire caliente. Ya son más de las cinco, pero el calor no ha aflojado. Escruta una hilera lejana de palmeras estrechas, con las copas temblorosas. Le recuer-

dan a un grupo de soldados dispersos, los últimos en pie en el campo de batalla de la ciudad, y alza las manos frente a sus ojos en forma de dos eles mayúsculas opuestas, como el marco de una fotografía. Con un parpadeo, su obturador imaginario, congela la imagen en su mente.

—Eres tan guapa... —La voz de Sylvie le sobresalta.

Se da la vuelta y ve a su madre observándola desde la puerta a la vez que la radio de abajo da paso a los anuncios y una voz la incita a «duplicar el placer, duplicar la diversión». Marilyn siente ganas de desplomarse en el suelo, súbitamente exhausta.

Cuando Sylvie se acerca y la rodea con los brazos, recuerda el día —hace casi diez años— en que salieron de casa de Woody y se mudaron al apartamento, entonces sin estrenar, del que acaban de marcharse en Orange County. A Sylvie le encantaban la piscina y la moqueta nueva, pero lo que más le gustaba a Marilyn era que el aire no olía a nada. Se hallaba en su dormitorio, sacando su ropa para colocarla con esmero en una cómoda nueva de color rosa, cuando oyó a su madre gritar su nombre.

Fue corriendo al salón, donde se encontró con Sylvie hecha un mar de lágrimas y su cara en la televisión. La Marilyn del otro lado de la pantalla abría un maletín de la serie *My Little Pony* y sacaba una pulsera adornada con piedras preciosas, exclamando: «¡Hay una sorpresa para mí!», justo antes de besar la cabeza del pony Twilight Sparkle. Verse a sí misma le dejó una sensación de inquietud... Esa no era ella, ¿verdad? No de verdad. No. Deseó alejarse de la pantalla, pero, cuando Sylvie la atrajo hacia sí y dijo, en un susurro lleno de admiración: «Eres tan guapa... Mi niña. Sales en la tele», no pudo evitar disfrutar por el orgullo de su madre.

Ahora Marilyn aguarda quieta entre los brazos de Sylvie, envuelta en su perfume... ¿*Eternity* de Calvin Klein? La fragancia de Sylvie es

un caleidoscopio de muestras procedentes del mostrador de Macy's, donde se pasa los días laborables convenciendo a las clientas de que un frasco de Chanel o Burberry es una poción lo bastante poderosa como para transformarlas en el tipo de mujeres que quieren ser.

—Todo saldrá bien. Ya verás —promete Sylvie, casi para sí misma. Suelta a Marilyn del mismo modo abrupto con el que la había abrazado—. Vamos a deshacer el equipaje para que nos dé tiempo a preparar la cena de cumpleaños.

Marilyn percibe cómo su madre se esfuerza, incluso más que la propia Marilyn, para no desmoronarse.

—Genial —contesta ella, y le da un beso en la mejilla.



La tarea de subir las cajas por el tramo de escaleras avanza despacio. Para cuando el sol se pone y el día comienza a darse por vencido, han vaciado dos tercios del Buick y ambas están sudorosas, desplazando con dificultad una de las cajas más pesadas del montón, de las que contienen los libros de Marilyn.

Al retroceder por las escaleras, con los músculos de los brazos ardiéndole, Marilyn ve la figura de un chico —alto, de hombros anchos y piel oscura, con la cabeza gacha— cruzar la calle hacia ellas. Se aparta un mechón de pelo del rostro y lamenta tener las manos ocupadas, porque querría alzarlas en un marco para fotografiarlo en su mente cuando pasa bajo las ramas de un jacaranda y pisa el reguero de pétalos morados que se concentran en la alcantarilla.

Cuando cruza deprisa el pavimento en dirección a su edificio, ve que debe de tener más o menos su edad: aunque físicamente aparenta ser un adulto, aún mira las cosas con los ojos muy abiertos, como un muchacho. Lleva pantalones cortos de baloncesto, deportivas y una camiseta blanca húmeda de sudor por el centro. Varios tatuajes le cubren el brazo izquierdo.

—¡Marilyn! ¡No te detengas! No es el momento de hacer una paradita justo cuando estamos cargando con uno de tus montones de ladrillos —se queja Sylvie.

Y, tal vez por oírla, él se da la vuelta y ve a Marilyn mirándolo fijamente. Ella continúa escudriñándolo sin dejar de hacer fuerza con la caja que lleva en brazos y se las apaña para subir un peldaño de espaldas.

Él aparta la mirada, pero, un instante después, está subiendo hacia ellas.

—¿Necesitan ayuda? —Su voz es diferente de lo que se hubiera imaginado. Más suave, más tímida. Es un sonido que parece hacer juego con el ligero tono azulado del cielo crepuscular.

—¡Dios mío, sí! Qué encanto. Alguien ha debido de enviarnos un ángel. —Sylvie, nunca dada a rechazar la caridad ajena, suelta su caja de inmediato—. Yo soy Sylvie y esta es mi hija, Marilyn. Hoy es su cumpleaños.

Marilyn da gracias por el esfuerzo físico, que sin duda ya debe de haberle enrojecido las mejillas y ahora estará disimulando su rubor.

—Feliz cumpleaños —se limita a decir él. Ella tiene la sensación de que puede percibir el calor emanando de su cuerpo.

—Gracias. —Deja vagar la vista arriba, hacia las gaviotas que planean recortadas contra las nubes rosas. Trata de no mirar la camiseta que se le pega al fornido cuerpo.

—¿Y tú eres...? —le apremia Sylvie.

—James.

—James. Está bien saber que en el edificio tenemos a un chico en forma.

—¿Van a mudarse aquí?

—Sí, sí. Estamos ahí arriba. Mi hija es actriz, nos pareció más conveniente que estuviera cerca de Hollywood.

Marilyn sabe lo absurdo que debe de sonarle eso; obviamente, no es una actriz de verdad o no estarían mudándose allí. Pero James asiente sin más y levanta la caja, con el cuerpo tan cerca del de Marilyn que por un breve instante ella capta el olor de su piel. Aunque nota el esfuerzo en su respiración, su rostro no revela la menor tensión de camino al apartamento con los libros.

—Tenemos unas cuantas más en el coche, no te importará mucho ayudarnos... —dice (más que pregunta) Sylvie.

Marilyn hace una mueca.

—Claro —contesta James, y ella no se hace una idea de si siente fastidio.

Sylvie se queda dentro, fingiendo estar muy atareada en abrir las cajas, pero Marilyn sube y baja las escaleras detrás de James, ella con cajas más ligeras aunque decidida a ocuparse de su parte. Él pasa a su lado cada vez que completa una vuelta y apenas cruza la mirada con ella.

Cuando terminan, Sylvie le da de nuevo las gracias y Marilyn sigue a James escaleras abajo para cerrar el coche. El cielo está empezando a oscurecer y el calor del día de pronto ha cedido al aire frío de las noches desérticas. Siente un escalofrío; todavía lleva la ropa húmeda por el sudor.

Al pie de las escaleras, él se gira hacia ella.

—Bueno, ¿cuántos años?

Por un segundo, Marilyn se queda confusa hasta que recuerda que es su cumpleaños.

—Diecisiete.

Él hace un gesto de asentimiento.

—Yo también.

Ella mira hacia la acera, regada de basura dispersa: una botella de Coca-Cola, una lata aplastada de cerveza y, de entre todas las cosas, una bolsa de comida Carl Jr. El anuncio de Carl Jr. fue el último para el que la contrataron, hace cinco años. Los cheques residuales no duran eternamente.

—¿Y de dónde venís?

—De Orange County. Vamos a volver a quedarnos en casa de mi tío. Pasamos una temporada aquí la primera vez que vinimos a Los Ángeles.

—¿Eres actriz?

—No, lo cierto es que no. Mi madre desearía que lo fuera. Salí en un par de anuncios hace siglos... Es cosa suya, pero llevo tanto tiempo siguiéndole la corriente que supongo que se ha convertido en una rutina.

—Ya, lo entiendo. Es decir, lo de tener que ser quien tienes que ser para tus seres queridos. Esa persona no siempre eres tú, por desgracia.

Marilyn asiente con la cabeza. Ahora le llega el olor de la cena que alguien está cocinando, el sonido de una sirena remota.

—Gracias otra vez por ayudarnos.

—No hay problema.

Ella le sonrío y, por primera vez, él parece estar mirándola de verdad.

—Nos vemos —dice.

Mientras Marilyn lo ve desaparecer en el apartamento de debajo de su nueva casa, nota un hormigueo en la piel, los sentidos increíblemente

SIGUE LEYENDO

17 años

Ava Dellaira



ISBN: 978-84-17834-52-4 | PVP: 19,50 € | A la venta: 20-1-2020

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com